



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PINTORES NOTABLES
EDUARDO PELAYO



Su cuadro *La Primavera*
ha revelado un artista
paisajista de primera
y notable colorista.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cantables, por Eduardo de Palacio.—El día de la boda, por Juan Pérez Zúñiga.—Los que han ido, por Manuel Matos.—El llanto y la risa, por Luis de Ansoarena.—Al amigo Bartolo, por Sinesio Delgado.—Vida de ciruela, por Manuel Ossorio Bernard.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Eduardo Pelejo.—Trazos poéticos.—Tipos, por Cilla.



Nuestras relaciones con los moros son cada día más cordiales.

La Embajada marroquí ha venido a estrechar los lazos de amistad que ya existían entre nosotros, porque es indudable que el que más y el que menos ha tenido algún moro en la familia.

Aún me parece estar viendo la cara de un tío sacerdote, que se me murió en el regazo como quien dice, el cual tío tenía el cutis color de chocolate y odiaba los calcetines y comía el arroz con los dedos.

Aquel era un moro eclesiástico en toda la extensión de la palabra: cuando le llevaban la contra, se ponía a rugir y a dar saltos y acababa por mordernos a todos.

Cada vez que acuden a la mente estos recuerdos de mi infancia, no puedo menos de pensar en qué tal vez entre los individuos de la Embajada habrá alguno perteneciente a mi familia, y esto mismo ha debido ocurrírseles a todas aquellas personas que acudieron al hotel de Rusia en solicitud de socorros.

Ha habido alguno que se dirigió a un negro de la servidumbre en esta forma:

—Aunque esté mal preguntado, ¿tiene usted parientes en Vinaroz? Lo digo porque es usted el vivo retrato de una cuñada rafa que está allí de tiple ligera en una barraca.

El negro resultó primo segundo del interesado, por parte de madre, y con tan plausible motivo éste le pidió prestadas cuatro pesetas, a pretexto de que tenía sin bautizar un chiquillo de año y medio.

Siempre que viene una Embajada por ahí abajo, no sólo se estrechan los vínculos fraternales, lo cual es siempre una ventaja, sino que se convence uno, viendo aquellos rostros, de que todos somos primos cuando menos.

Entre los moros de la Embajada había un viejo con la nariz en forma de cacillo y los ojos ribeteados, que era exactamente igual a una característica, hoy retirada de la escena a causa de los disgustos y el flato.

Ello es que se han ido los marroquíes, dejando entre nosotros un vacío difícil de llenar.

Porque ya nos habíamos acostumbrado a tenerlos aquí como en familia, y no faltaba quien había formado propósitos halagüeños, en la suposición de que iban a quedarse a vivir entre nosotros.

—Mire usted—me decía una patrona trabajada por los disgustos,—los cristianos me dan muy mal resultado, pues hay hombre que está en casa desde junio del 85, comiendo bien, y sólo he conseguido que me entregase cinco duros a cuenta; y para eso he tenido que arreglarle dos camisas y echarle cuchillos a unos pantalones. A mí lo que me conviene mucho es un par de moros buenos, porque no hay que plancharles nada. Una amiga mía de Algeciras tuvo un moro de huésped, y el pobrecito se conformaba con cualquier cosa: cuando ella no quería molestarse en encender la lumbre, le hacía una pasta con almidón y agua fresca y el moro la comía sin rechistar, porque era un infeliz, como son todos.

En cuanto se vió con el moro en casa, lo primero que hizo fue despechar a la chica, y el moro era quien le hacía las camas y le fregaba la loza. ¡Ay! ¡Quién pillara una *convencencia* así!

Son, efectivamente, muy buenas personas estos hijos del Profeta.

Podrán tener sus prontos, pero al momento se les pasa, y en prueba de ello basta ver al moro de las babuchas.

Tiene impreso en la faz el signo de la dulzura: es un mahometano transeunte que vive bajo la influencia del cocido.

Ya no nos divierten las carreras de caballos.

Antes íbamos al Hipódromo con la esperanza de encontrar a

las de Jaretila y a las de Soplete, aficionadas a todo lo nuevo; hoy, cansadas de agitarse en el vacío, han abandonado aquellos lugares, donde el hombre hace caso omiso de la belleza femenina, para pensar solamente en la rapidez vertiginosa del bruto.

Y las de Jaretila sienten herido el amor propio y se quedan en casa, porque no quieren verse postpuestas a las caballeras.

La última vez que estuvieron en el Hipódromo, observaron con dolor que allí todas las atenciones eran para los jacos. El mismo Arturo, joven atento que se desvive por saludar a las bellas y por obsequiarlas con la finura que le es característica, se limitó a hacer una ligera indicación de cabeza cuando vió a las Jaretilas, y entonces dijo la mamá con su natural perspicacia:

—¡Ay! ¡Cómo está el mundo! ¡Ay! ¡Qué falta de educación! ¡Ay! ¡Qué dichosas carreras de caballos!

Las niñas habían estrenado aquel día unas manteletas de *peluche* con lazos de gro verde-musgo y unos sombreros en forma de repollo; pero todas estas galas habían pasado inadvertidas a los ojos de Arturo, que ni siquiera fué para decir a aquellos dos ángeles: «Por ahí os pudráis.»

De suerte que las niñas se sintieron devoradas por la indignación y todo se les volvía decir:

—¡Mira que vemos nosotras menospreciadas!

—Yo no vuelvo más, *unque* me emplumen.

—Ni yo tampoco, *unque* me *destringan*.

—¡Un chico que parecía tan atento!—replicaba la mamá.—

¡Un hombre que siempre se fijaba en la ropa, y no tenía más que palabras de elogio para las manteletas!

Hoy día son contadas las personas que acuden a las fiestas hípias de la Castellana. Entre ellas figuran los títulos y *titulas* del reino que tienen coche. Los demás seres de la clase de chicas casaderas toman la resolución de pasear en Recoletos para ver el desfile, recibiendo de paso las miradas amorosas de los jóvenes modestos, que no pasan de la plaza de Colón.

Aproposito de esto, preguntamos a una chica inocente que anda viendo si se casa:

—¿Le gustan a usted las carreras de caballos?

Y nos contestó con la mayor sencillez del mundo:

—Me gustan mucho más los caballos que hacen carrera.

LUIS TABOADA.

CANTABLES

Anda, vé que ya me han dicho que has escrito una novela, y que te han dado el asunto y te la ha escrito cualquiera.

En todo lo que tú escribes hay un mérito tan raro, que yo nunca lo encuaderno, sino lo cuelgo en un clavo.

Ella es actriz, él actor, y trabajan y se ganan diez reales para los dos.

Mira si seré yo artista, que me han premiado un retrato creyéndole una marina.

Tiene dramas Vico para veinte mudas, y retiraron el que más valía: uno de Carulla.

Por la acera arriba, por la acera abajo, *cabr* la Puerta del Sol se pasean muchos *literatos*.

En la calle de Sevilla hay una fuente que mana cómicos para provincias.

¡Pero qué barbaridad, que cobren en el teatro cuatro autores de postal!

He concluido un libretto y me haré la partitura, y que el público se haga el resto en letra y en música.

No crea usted que la quiero porque la miro a la cara; es que estoy muy distraído chupándole a un dedo un drama.

Cuarenta y dos esoplatores, + de esos que andan por parsejas, he contado el otro día. ¡Y no hay un juez que los prenda!

Anda y escribe, si quieres, esquelas y memoriales, pero no escribas artículos ni se los robes a nadie.

EDUARDO DE PALACIO.

EL DIA DE LA BODA

CONSEJOS A UN INFELIZ QUE ESTÁ EN CAPILLA:

¿Me pides mi opinión, José María, porque eres apocado y no sabes qué hacer durante el día que ya para tu enlace has designado? Pues si tu afecto mi opinión reclama, sígue al pie de la letra este programa:

Debes, antes de nada, levantarte de la cama en que estás, y sin pararte lavarte de los pies a la cabeza;

debes luego secarte,
y, después de engomarse los cuatro pelos,
por el alma recar de tus abuelos.
Con el temo vistoso
que en la tienda más cara de la villa
te hayas comprado *ad hoc*, vete á la iglesia,
después de haber tomado manzanilla
con una cucharada de magnesia.
Procurando en el templo no hacer ruido,
llégate al confesor y, arrepentido,
no dejes de contarle ni un pecado,
sobre todo los que hayas olvidado.
Luego espera en la puerta la llegada
de la novia, su madre y los padrinos;
y á la hora al efecto señalada,
sin reírte de nada,
escucha, aunque te importe tres pepinos,
de San Pablo la epístola famosa
que ha de abrirle los ojos á tu esposa.
Después oye la misa,
no sin rogar al cura
que la diga de prisa,
porque además de darte calentura
el ver que un sacristán te pone el velo,
sin que te libre de tener la vela,
hora y media estarás, aunque te duela,
postrado de rodillas en el suelo,
y al diantre mandarás las velaciones
contemplando después tus pantalones.
Tan pronto como acabes,
y fundado en que de eso nada sabes,
evita que tu bolsa sufra estragos
y déjale al padrino
que suelte á sacristanes y monagos
unas cuantas pesetas para vino.
Después emprende á pata
(si el padrino otra cosa no ha dispuesto)
á un cercano café la caminata,
llevando á tus amigos de recata.
Pon á todo buen gesto,
y aunque escuches á viejos y muchachos
soltar cien dicharachos
con pícaro intención á tu costilla,
trácatelo de lomo y de tortilla,
de merluza, de flan y de buen vino;
pero no le consentas al padrino
que le pague también al camarero;
porque tú eres al fin muy caballero,
y la ley en tal caso determina
que el almuerzo lo pague... la madrina.
Bien repleta la panza,
ve á casa de los padres de tu novia,
que viven en la calle de Segovia,
y allí podéis armar alegre danza,
bailando rigodones
ó habaneras de toda confianza
entre risas, pellizcos y empujones.
Cuando te hayas cansado,
en unión de tu novia y sus parientes
vete á dar una vuelta por el Prado,
y así verán las gentes
que has querido casarte y te has casado.
De paciencia, por fin, no hagas alarde,
retírate á tu casa no muy tarde,
y desde que, rendido,
te vayas con tu esposa al blando mudo,
hasta que el claro sol de la mañana
te mande sus reflejos,
haz, sin pedir consejos,
aquello que te diere la real gana.

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

LOS QUE HAN IDO

Están irresistibles, mi querido Sinesio, irresistibles.
¿Y quién tiene la culpa de ello? Pues las pícaras Compañías
de ferrocarriles y sus pícaras rebajas de precios.
¡Claro! Por un puñado de reales los han llevado allá, les han
dado diez días para que vean la Exposición, y los han vuelto
á traer.
Y han venido.... ¡Dios sabe cómo han venido!
Hinchados de vanidad, repletos de embustes, atolondrados
con los ruidos y el movimiento de aquel París, que comparado
con la calle del Ave María parece una Babel, y con un afán de
contarlo todo, de compararlo todo, de juzgarlo todo.... ¡Mire
usted! ¡Jueces ellos!
Resulta, pues, que tropezarse con uno de esos que han ido en
los trenes baratos, es tropezar con la mayor de las jaquecas
imaginables.
¡Y como han ido tantos!... Casi todo Madrid. ¡Si había días

que aquellos *boulevares* y aquellos cafés parecían la calle de Al-
calá y la esquina del Suizo!

No se oía hablar sino en castellano, salvo algún *lui* que otro
que soltaban ellos mismos, para dar á entender que ya les era
familiar el idioma.

Pero ¡vamos! allí eran inofensivos, ó por la cortedad natural
de verse lejos de la Puerta del Sol, ó porque se las querían echar
de prudentes.

No había sino hacerse el tonto cuando oía uno hablar en es-
pañol, y aguantar la mecha cuando se tropezaba uno á un cono-
cido de por acá, que se maravillaba de verle á uno en París.

—¿Cómo!—¿Usted por aquí?—¡Caramba!—¿Cuándo ha venido
usted?—¿Y cómo ha sido el venir?—¡Vaya! ¡vaya! ¡Quién lo di-
jera!—¿Y dónde para usted?—¿Y dónde come usted?—¿Y dónde
va usted por las noches?—¡Quiero que nos veamos!—¡Quiero
servirle á usted de cicerón!

Del tiroteo se escapaba uno dando todas las señas equivoca-
das, y como aquello es tan grande.... ¡si te he visto, no me
acuerdo!

Pero aquí, en Madrid, en la villa y corte, en la propia Puerta
del Sol y en la auténtica calle de Sevilla, es donde no hay quien
aguante esos turistas de ida y vuelta.

Porque.... ¡claro! ellos están rabiando por decir á todo el
mundo que han estado allá, y venga á cuento ó no venga á
cuento, lo espetan.

—¡Carape! Tanto tiempo sin verle á usted. ¿Dónde ha estado
usted metido? Bien que.... ¡aguarde usted, ahora lo comprendo
todo! ¿Cómo nos habíamos de ver, si yo he estado en París?

—¡Yal! ¡Vamos! ¿Cómo nos habíamos de ver! ¡Tiene usted
razón!

—¡También usted habrá estado!

Y aquí del apuro, Sinesio de mi alma.... Yo no sé qué es peor,
si decir que sí ó decir que no, porque como los que han ido tie-
nen una gran començon por hablar, una especie de herpetismo
en la lengua que no les deja sosegar un punto, tratándose de
París, no hay medio de que evite usted la acometida.

Supongamos que dice usted con cierta modestia:

—Sí. ¡También di por allá una vuelta!

Pues cuente usted con una descarga cerrada de palabras por
este estilo:

—¿Cómo? ¿Estuvo usted? ¡Cáspita! ¿Cuándo? ¿Y cómo no nos
hemos visto? ¡Es raro! Yo iba todas las tardes á tomar el *absen*,
como ellos dicen, al café de Madrid. ¡Milagro que no nos haya-
mos tropezado!

—¡Esa fué mi suerte!—dice usted para su zapote, y ellos si-
guen:

—¡Vaya, vaya! ¡Haber estado al mismo tiempo en París, y no
habernos visto! ¡Al demonio se le ocurre! ¿Vió usted la *montañ
rus*? ¡Qué hermosa! ¿Eh? ¡Aquello parece una jaula de locos!
¿Y estuvo usted en *Foix Bercher*? ¡Ah! *Foix Bercher* no se me
olvidará nunca. ¡Qué mujeres! ¿Eh? ¿Y en un baile que le lla-
man *Bullie ó Buyé ó Comonios coronados*? ¡Cómo se pone uno
allí de ver piernas! ¡No es verdad, usted? ¡Y todas con medias ne-
gras! ¿No es verdad? Yo saqué de allí una conquista; es decir, á
mí me pareció conquista, porque yo la hablé y ella me contestó
muy cortésmente, ¡eso sí! Pero ni yo la entendí, ni ella me en-
tendió; así, que allá la dejé; ¡pero si nos hubiéramos comprendi-
do!... Hombre, ¿y qué me cuenta usted de la Exposición?

—¡Nada! ¡Puesto que usted ha estado!...

—¿Que si he estado? ¡Como que no salía de allí! Allí almor-
zaba, allí comía, allí tomaba café.... y cuando tenía sed, á una
braserie á tomar cerveza. Hombre, por cierto que me vine con
las ganas de saber lo que significa eso de *braserie*; ello debe de
ser cosa de braseros, algo para entrar en calor, pero ellos no sa-
ben explicar lo que es; así es que de la mitad de las cosas se que-
da uno en ayunas. ¿Y de la torre *Eiffel*? Ellos dicen *Efel*; yo
creo que lo pronuncio mejor. ¡Claro que subiría usted! ¡Hasta lo
último? ¿Y cuántas veces? ¿Y la galería de máquinas? ¡Aquello
sí que es! ¡Cuánto cristal! ¿No es verdad?

Y siguen.... y siguen.... y siguen, como si fueran máquinas
de hablar que tuvieran cuerda para un par de días. Y todo lo
revuelven, y arman un pisto de Exposición, teatros, boulevares,
coches y diablos, que le ponen á usted á punto de caer al suelo
mareado.

Pues desgraciado de usted, Sinesio, si llega á declarar sinceramente
que no ha salido usted de España.

Entonces el que ha ido echa un paso atrás, le mira á usted
con ojos espantados, como si estuviera viendo un ser extraño ó
un salvaje, ó un guardacantón animado, y exclama:

—¿Cómo! ¿Que no ha ido usted allá? Pero ¿es de veras? ¡No
me engaña usted!

—No, señor, ni veo la necesidad de engañarle.

—Pero ¿por qué no ha ido usted?

TROZOS POÉTICOS



¿Si la habrá hecho Muñiz?
¿Si la habrá hecho Muñoz?
Chueca.



Digamos, pues, con franqueza,
que de hoy más la Arabia empieza
en las Ventas de Alcorcón.
No sé quién.



Alguna vez la veo por el mundo
y pasa junto á mí,
y pasa sonriendo, y yo me digo:
¿cómo podrá reír?

Becquer.

Hay una voz secreta, un dulce canto
que sólo el alma enamorada entiende.

Espronceda.



¿Qué escándalo ha precedido
á la invención del vestido.....

Bartrina.

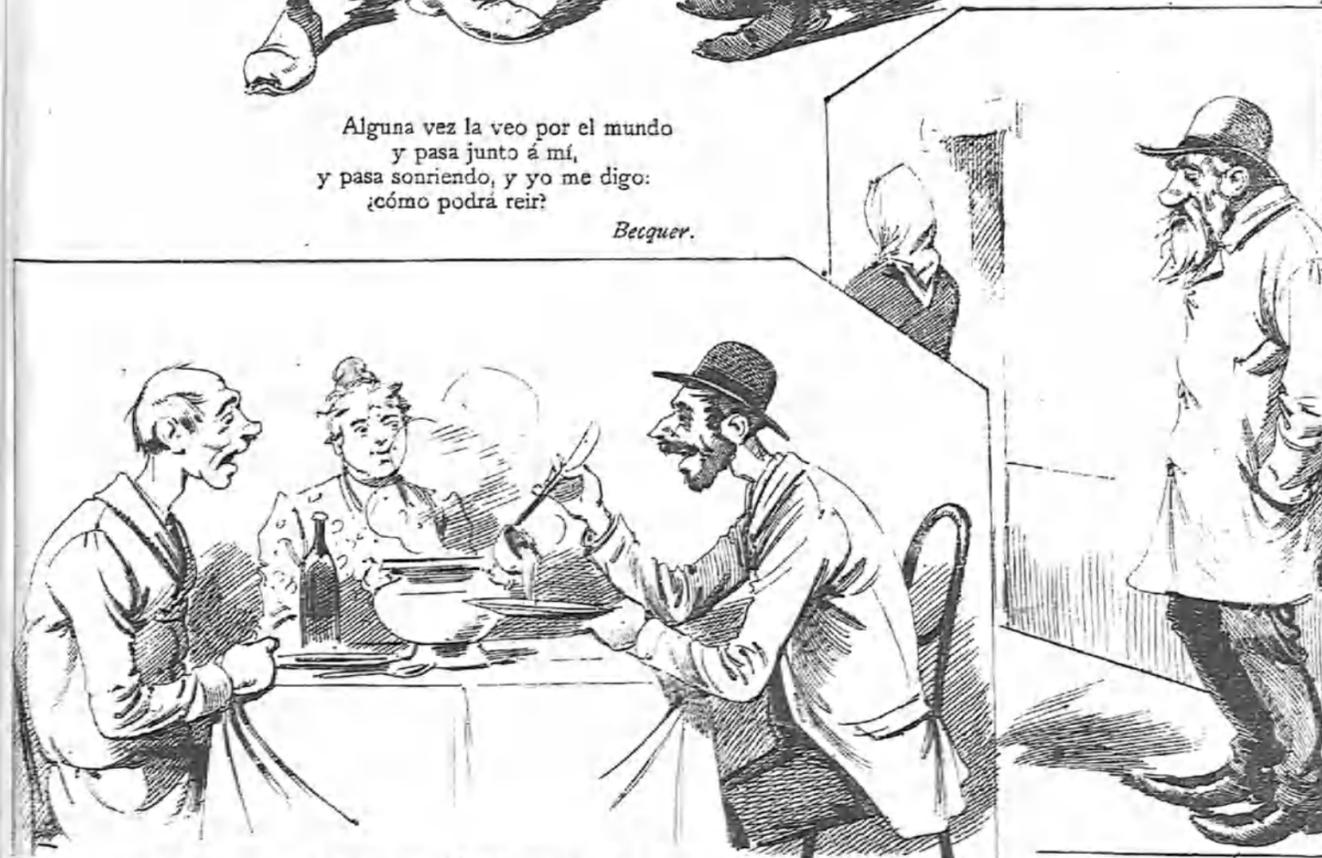
para que hoy día cualquiera
se vista de esa manera?

Yo.



Las romanas caprichosas,
las costumbres licenciosas,
yo gallardo y calavera.....

Zorrilla.



Se pegaba aquel hombre á aquella sopa
como se pega el muérdago á la encina.

Campoamor.

¡Oh, recuerdos, encantos y alegrías
de los pasados días!

Niñea de Arce.

—Pues sencillamente porque no le querido; porque yo no voy donde va mucha gente, porque me gusta la soledad y la quietud....

—¡Ah! Pues amigo, ha hecho usted el mayor de los disparates.

—Bueno! ¡Me resigno!

—Sí, señor, se ha perdido usted la gran cosa!

Y entonces el que ha ido se despacha á su gusto.

—¡Qué calles aquellas! ¡Qué edificios! ¡Cuánto coche! ¡Cuánta mujer! ¡Cuánta gente por todas partes! ¡Un poco caro! ¡Eso sí, un poco caro! Mire usted, yo estaba en el hotel *Frascati* (que viene á ser en francés lo mismo que en español *Frasquito*), y pagaba por una habitación en el último piso veinte francos, y aparte lo demás: una vela, un franco; un vaso de agua, un franco; un pañillo para los dientes, un franco; porque allí ya se sabe, toda la contabilidad la llevan por francos. ¡Es mucho más sencillo que lo nuestro! Y mire usted, allí no falta nada de todo lo nacido. ¡Y con lo industriosos que son! Allí hay máquinas de hacer huevos, y de hacer pollos, y de hacer naranjas.... Yo no lo he visto eso, me lo han dicho, pero ¡vamos! ¡pejaritas en el aire que pida usted, eso mismo le dan, por supuesto pagándolo, ya se sabe. A mí me dió el capricho de comer un melocotón en la torre *Eiffel*, y me lo dieron, ¡ya lo creo! Pero ¿qué dirá usted que me llevaron? Nueve francos; ya ve usted, aquí por nueve francos compra usted todo Aragón.

¡Ay, Sinesio! Si ha tenido usted la suerte de escapar sin tropezarse con alguno de los que han ido á París, no sabe usted la suerte que tiene, y.... cítese usted en salud, aún es tiempo: no salga usted de casa, no vea usted á nadie, no reciba usted visitas si no juran antes los visitantes, bajo palabra de honor, que no han estado en París ni se les ha pasado por las mientes semejante cosa.

Unos días antes de terminar el verano estaba yo, acompañado del maestro Cereceda, tomando cerveza en el café del teatro Felipe.

Hablábamos de teatros, de compañías, de obras, de negocios dramáticos....

En esto que se acercó un sujeto que había estado en París, y ¡adiós conversación!

Yo preguntaba á Cereceda, Cereceda me contestaba cuando bien podía, y entre pregunta y respuesta se colaba el visitante de París con una observación ó una noticia que nadie le pedía, y que él nos hacía tragar á la fuerza.

Yo.—Y diga usted, Guillermo, ¿dónde está la gente contratada?

Cereceda.—Pues Julio va á Eslava, Vallés también á Eslava, la Leocadia á Apolo.

El amigo.—¿Y usted no ha ido á París, Cereceda?

Cereceda.—No, señor, á Sevilla. Carreras está en la Alhambra, la Lucía Pastor descansa, yo voy á Price con mi gente....

El amigo.—Pues amigo, aquella torre *Eiffel*....

Yo.—¿Y de obras? ¿Cómo andamos de obras?

Cereceda.—Medianamente. ¡Menos que medianamente!

El amigo.—¿Y lo alta que es!

Yo.—Ramos y Vital darán algo.

El amigo.—Pues aún la van á hacer más alta los americanos.

Cereceda.—Zaruelas creo que no dan; para la Comedia y para Lara al que tienen algo hecho.

El amigo.—Y hay la friolera de siete ascensores para subir.

Ya no pude resistir más, y me encaré con el interruptor y le dije:

—Señor mío, y no le parece á usted mejor que escriba sus impresiones de viaje y las imprima y las ponga á la venta, y nos deje usted ahora en paz?

—Mire usted—contestó,—no es mala idea!

¡Ay, Sinesio de mi vida! Esto es una epidemia; esa Exposición y esa torre *Eiffel* son unos lobanillos que nos han salido á los que no nos admiramos de nada.

¿No me cree usted?

No le quiero á usted mal, ¡Dios le libre á usted de encontrarse á alguno de los que han ido!

¡Si siquiera hubieran ido de incógnito, como Emilio Mario y yo!

MANUELA MATOSES.

EL LLANTO Y LA RISA

—¿Qué vales id?—dijo al Llanto la Risa.—¿Qué virtud tienes, si siempre que al roncón vienes produces peser ó espantál? ¿Quién te formó tan cruel y de qué horrores nacíste? que en tus entrañas trajiste la amargura de la hiel.

¿Qué corazon te desean y qué mejillas de raso no se asustan de tu paso, que siempre las astropezas? ¿Quién de sí no te rechaza? ¿Quién no te enjuga con prisas? Y el Llanto miró á la Risa y respondió con cachiza:

—Puesto que así me zahieras, sin comprender lo que valgo, bueno es que antes digas algo de tus méritos... ¿Quién eres? Si yo no tengo atractivo, en camino te, vanidosa, asocias por cualquier cosa y te ocultas sin motivo. Y he pensado alguna vez, notando tu condición, que no tienes más razón que una eterna estupidez... ¡Echártelas de señora! Un necio orgullo te engría... porque por nada se ríe sólo por algo se llora. Y así, pensándolo en calma, no me afrentan tus agravios...

¡Para ti bastan los labios, mas yo necesito un alma! —Alma que te odia!—No tal; alma que en sí se concentra cuando sufre, y en mí encuentra consuelo para su mal, á la que no canso enojos, que, á pesar de mi rigor, soy... pedazos de un dolor que se arroja por los ojos. —Y que abraza cuanto toca... —O el calor que abraza en frío... —Pero... ¿qué malo es, Dios mío! —¡Pero, Dios mío, qué local! —La prueba de tu valor es la que saber quería... —¡También vivo en la alegría!... 7... ¡vives tú en el dolor!...

LUIS DE ANSOENA.

AL AMIGO BARTOLO

Yo sé que á Madrid vieste, como vienen tantos otros, á ganar dinero y gloria con un entusiasmo loco, que te lanzaste á la lucha y chocaste, como todos, con obstáculos muy grandes y compromisos muy gordos. Las doradas ilusiones se perdieron poco á poco, y se agotó la energía de que traías acopio. ¡Eso es lo que pasa siempre! Te equivocaste, Bartolo, como se equivocan muchos á quienes guía el demonio. Resultó que tus comedias eran malas, de tal modo que, á su lado, son divinas las que causan alborotos; que tus versos no eran versos, ni tienes forma ni fondo para escribir dos noticias como las escribe un trompo. Vencido, pues, en la lucha y con los zapatos rotos, te agarraste á cualquier cosa y estás, si no me equivoco, de aprendiz de zapatero con seis reales, ¡sí te á ocho. Ayer te encontré en la calle

y tú bajaste los ojos, temiendo que me hurlara de tu estado lastimoso. ¡Burlarme! ¡Bueno sería! ¡No me conoces, Bartolo! Otro cualquiera, en tu caso, maldiciente y vanidoso, tomaría su torpeza por envidia de los otros, y escupiendo á los de arriba se desahogarían, como si rebajando á los listos pudieran crecer los tontos! Y, al fin, tomando la pluma, de aquí aprovecho, allá robo taparía con lo ajeno las faltas de ingenio propio.... Ruboricense, si pueden, los que dan por plata plomo y pasan por literatos siendo, el que más, un cerrojo; pero tú, que, convencido de que tu camino es otro, trabajas honradamente por conservar el decoro, ¿por qué has de andar por la calle con la vergüenza en el rostro? ¡Sigue siendo zapatero! Que es mucho más bochorroso robar comedias francesas que andar con la suela al hombro.

SINESIO DELGADO.

VIDA DE CÍRCULO

—¿Dónde vive Fulano?—se preguntaba antiguamente. Hoy, acomodando la misma curiosidad á las costumbres, se ha sustituido aquella pregunta por la de

—¿A qué círculo asiste Fulano?

En lo antiguo regía el hogar, hoy el club; en lo antiguo la familia, hoy las triviales relaciones entabladas junto á la mesa del *baccarat*, declarado lícito por el Gobierno español, ó el *monte*, que el mismo Gobierno conceptúa ilícito.

Hemos organizado círculos políticos y artísticos, científicos y literarios, regionales y profesionales; círculos para todos los gustos y al alcance de todas las fortunas, y mediante ellos podemos cómodamente prescindir del hogar aburrido, de la familia incómoda, de los cuidados de la parentela y las pesadeceras de la amistad.

La vida de círculo era una verdadera necesidad. Ciertamente que al desertar de nuestras casas habíamos buscado refugio en los cafés; pero sobre que éstos, por su carácter público, nos exponen á encuentros desagradables, en ellos no podemos entregarnos al placer de una siesta, ni nos es permitido pretender dar tres golpes al duro solitario que separa las dos telas del bolsillo del chaleco.

Hoy vivimos en el círculo y para el círculo: almorzamos en él, utilizamos sus coches, asistimos á los palcos de los teatros en que tiene abono, leemos los periódicos, discutimos durante horas y horas todos los temas del momento, seguimos las fases de la crónica escandalosa del día, dormimos en un diván ó en un sillón, y á veces, mirando el almanaque de pared que indica estamos en un sábado, nos disponemos á salir apresuradamente del círculo.

—¿Adónde va usted?—nos pregunta un compañero.
 —Hombre, á casa; dejé enferma el lunes á mi mujer, y voy á ver si está mejor.
 —Pues yo no me muevo por cosa tan pequeña. He puesto teléfono en casa, y ya me avisarán.
 —Pues qué, ¿tiene usted también enferma á la señora?
 —Enferma precisamente, no; pero está fuera de cuenta desde hace quince días. Voy á jugar una partidita de carambolas mientras llega el momento de lograr el ascenso á padre.
 Esto es el caso poco frecuente de que tengamos antiguas relaciones con quien nos habla, pues lo más usual es que á lo sumo conozcamos su apellido de oídas y de vista sus facciones. ¿Quién es ése que nos saluda? Uno del círculo. Pero ¿qué es, en qué se ocupa, de qué vive? Lo ignoramos. A lo más, sabemos que es punto fuerte ó endeble; que se enfada ó sigue imposible en los azares del juego. ¿Es soltero, casado ó viudo? Igual misterio. Cuando más, nos consta que le gustan las mujeres; pero esta desgracia puede ocurrir á un casado lo mismo que á un soltero.
 En los círculos políticos puede formarse un poco la biografía del vecino, pues consta que fué Gobernador ó Director general ó Jefe de negociado, si el partido está en la oposición, ó que cobra un sueldo por éste ó el otro concepto, si el partido ocupa el poder; pero en los demás clubs ni aun eso se sabe del prójimo. Tal vez se nota la ausencia de uno de los más asiduos parroquianos, y se pregunta:
 —¿Y aquel compañero de aspecto respetable y blancas patillas que jugaba al golfo todas las tardes?
 —No lo sé. La última noche que estuvo aquí le aguardaba la policía en el portal. Creo que tenía cuentas atrasadas con la justicia.
 —¿Y aquel joven de bigote rubio y ojos pardos?
 —Una tragedia, amigo mío: una conocida suya le ha rociado con vitriolo y está á la muerte.
 —¿Y Jiménez, aquel joven tan calavera y tan valiente?
 —Otra tragedia: se ha casado el martes y está locamente enamorado de su mujer.
 —Ya se cansará de ella y volverá por aquí.
 —Es posible; pero lo dudo. Me ha confesado que se reunía con nosotros por recurso, que adora á su mujer y que está deseando tener chiquitines para consagrarse á su cuidado, dándole buenos ejemplos.
 —¿Pobre Jiménez!
 —Como que su familia toda está chapada á la antigua. En fin, me ha dicho que tiene horas fijadas para comer, que trabaja y que oye misa los domingos y fiestas de guardar.
 —Perdido, perdido por completo.... Tendremos necesariamente que negarle el saludo en la calle....

M. OSSORIO Y BERNARD.



Vuelve el servicio de Correos á fastidiarnos de lo lindo. Esta semana hemos recibido tantas reclamaciones como suscritores tenemos, mas una.
 Sobre todo, el Sr. D. Ramiro Alegre, de Chelva, está castigado á no leer el MADRID CÓMICO, suponiendo que eso sea castigo.... Con decir que en un semestre no han llegado á sus manos mas que once números! ¡Váyase á los infiernos y no vuelva el que roba los números de Chelva!

Á Pepito Cantaleja,
 vecino de Torreveja,
 le ha salido un lobanillo
 por rascarse en una oreja,
 y á una vieja,
 que vive en Valdemorillo,
 otro bulto en una ceja
 por rascarse en un tobillo.
 Moraleja:
 ¡Yo no me llevo semejante chasco,
 y, por más que me pique, no me rasco!

El Sr. Canalejas ordena la persecución del juego por la justicia, y no con la buena intención de que sean desventurados los jugadores.
 El Sr. Canalejas aprueba, más ó menos tícidamente, en Consejos de Ministros, el juego de la Lotería Nacional.
 Porque la lotería es un piégame ingreso al Erario.
 Algunos diarios de gran importancia y circulación, que han publicado ó podrían publicar buenos artículos contra la inmoralidad del juego y, por ende, de la lotería, ostentan hoy pomposos anuncios de la de Hamburgo.

Estos anuncios de loterías extranjeras son aún más inmorales que la lotería misma.
 Porque, si la lotería no es juego y es contribución, acusa falta de patriotismo incitar al público español á pagar impuestos en Alemania.
 Y si es juego.... francamente, no es muy moral servir de gachos.
 ¿Basta con pagar en la administración de un diario político por la inserción de un anuncio cualquiera para que aparezca en la cuarta plana?
 Pues entonces, al lado de los de las loterías alemanas y de otros de farmacias, bastante subditos de color, podrían anunciarse esas niñas que le paran á uno en la calle....
 Ayer vi en *El Liberal*
 este anuncio, y me extrañó:
 «Habitaciones con ó
 sin —Salad— ó —principal.»
 Luis López.

Cien príncipes, poco más ó menos, se han reunido para presenciar las bodas del heredero de la corona de Grecia.
 ¡Infelices! Se van á aburrir soberanamente.
 Porque una boda sin comida en la Cuba de los Dos Francos y baile de organillo.... ¡vamos, que no!
 Y en Atenas no habrá esas cosas....

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. L.—Granada.—Los diálogos de chulos resultan *fanés* en cuanto crean en la vulgaridad.
Gedeón.—Esos versos se parecen á todos los que hacen los estudiantes á sus novias del pueblo.
Solano.—Vaya, estábamos de broma, ¿eh? ¡Dios le conserve á usted la alegría!
Doña Juanita.—Sí, señor, son consonantes; pero no deben usarse por el bien parecer.
Ofinón.—¿Quiere usted enviar la firma para los *Chismes*?
Huascar.—¡Ay! Es mucha desesperación. Nada de mesarse los cabellos ni de escribir *habla* con *h*.
Atifertol.—Pero eso ¿qué es? Nada.
 Sr. D. B. E.—Santander.—Sí, sirven.... para los abanicos.
K'lamar.—Que escribe con su propia tinta y lo llena todo de borrones.
D^a d. K. d. t..—¡Cielos! ¿Versos á la madre con letras adornadas y todo?
 ¡Y de felicitación de días!
Celovín Colorete.—A mucho amor, mucho romance.... ¡Pero no tanto que ocupe dos columnas!
 Sr. D. J. E.—Madrid.—Los cantares son cursis, y el chiste del epigrama anterior á la ley escrita. Sin embargo, ¡pásmese usted! todavía hay quien lo usa en el teatro.
 Sr. D. L. G.—Madrid.—Así eran las composiciones festivas que gustaban mucho el año 50.
Alak.—Son malos. Y por consiguiente, no los publicará ningún periódico.
 Sr. D. L. L.—Madrid.—Otro chiste anterior á la ley escrita. Y van dos hasta ahora.
Una suscritora sensible.—Y que escribe bien, y que tiene gracia.... ¡Olé, Sevilla! como dijo el otro.
 Sr. D. S. L. P.—Santander.—Impublicables.
Pollito Pollastre.—Eso de que tiene usted rudimentos de retórica y poética es una ilusión de la mente acalorada.
 Sr. D. V. M.—Barcelona.—Siento no poder aprovecharla.
Uno.—Digo lo mismo.
P. p..—Bien; pero no es ése el camino. Porque esos chistes están mandados recoger.
Mahoma.—¿Que la de la semana pasada era tan bonita como ésta? Lo creo. ¡Porque más bonita no podía ser!
Petinglo.—Vaya una muestra:
 «Si por pasar el mar á nado
 consiguiera que me amaras
 me iba ahora al mar
 y no salía en dos semanas.»
 ¡Olé por los cantares!
Campeste.—Y graciosísimo por añadidura.
 Sr. D. A. G.—Madrid.—¡Caramba! Es casi tan verde como la pajarita del sueño.
 M. S. C.—Lo grave no es que sea serio, sino que sea bastante mediana.
El visconde de la Naja.—.....!
 Sr. D. A. G. M.—No sirven, pero no versifica usted mal.
 Sr. D. G. C. M.—Madrid.—¡Eso es lo que se llama versificar correctamente.... y con sandunga! Y conste que lo digo con sonrisa sarcástica.
Gallineta.—Rosa, rosa, rosa, rosa.... No haga usted esas quis-quisas!
Atgo.—Es esté un adobe, *Atgo*,
 un adobín, ¡un cimientol...
 (Y aún no cabe lo que siento
 en todo lo que no digo.)
 Por último, no son publicables las composiciones remitidas por los ciudadanos siguientes: *Nachos*.—E. N., Cáceres.—*Mortillo*.—C. S. G., Madrid.—*Próhennón*.—*Otelo*.—*El Día*.—*Alejandro*.—*Ustal dñs*.—T. V. O.—*Ida*.—*Narices*.—A. G. M., Madrid.—J. S., Madrid.—J. F., Madrid.—J. C., Valencia.—*Obligado*.

TIPOS



Un señor que ha venido en el tranvía
conmigo el otro día.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fernánlez, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

ESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.